

Vicente Krause

Jorge Chescota, Alejandro Argüello, Pablo Lilli, Jorge Sánchez

Vicente

Anoche, en nuestro taller de arquitectura de la Facultad de La Plata, conversábamos con un grupo de alumnos de 1er. Año y el nombre de Vicente apareció más de una vez, Lisandro, docente del taller, hablando del vínculo que establecemos los arquitectos con el material recordaba que Vicente invita a los alumnos a imaginar un perfil de hierro oxidándose. Yo completo la imagen de Krause en el taller, a veces dibujando y otras expresando con entusiasmo y fuerza, y diciéndole a algún alumno "vos tenés por ejemplo un perfil doble T del 30 empotrado en un muro de mármol blanco de Carrara, el perfil con el paso del tiempo se oxida y lentamente va tiñendo el mármol de una manera particular... va cambiando con el tiempo que pasa... hasta que en algún momento, se restituye amablemente a la tierra".

Este relato, que implica la reflexión sobre el diálogo en el espacio entre dos materiales y el tiempo, habla de sentidos, de sentimientos, de recuerdos, habla del ser, de la verdad; afirma la raíz ética y estética de la arquitectura. Les decimos al grupo de alumnos, que esto no tiene nada que ver con la entelequia absurda de mucha de la arquitectura actual, que utiliza profusamente materiales que supuestamente no envejecen, o no denotan el paso del tiempo. Subyace en esta actitud de alguna manera, nuestro miedo a la muerte. La verdad es que todo tiene fin.

Como es trabajar con Vicente.

Pasar unas cuantas horas con él, no solo es enriquecedor, es muy placentero porque se comparte el tiempo con una persona de una enorme capacidad, honestidad y de una calidez entrañable, lo que le permite en sus charlas con estudiantes y docentes establecer un vínculo único, que hace fácil la transmisión de conocimientos esenciales.

Ante algunas afirmaciones tuyas, sobre docencia o decisiones de índole proyectual y alguna sugerencia o cambio propuesto de mi parte, piensa brevemente... y me dice "Ah bueno. Puede ser, o tenés razón". Esto sucede a menudo con todos los que trabajamos con

Vicente, y habla de una persona que sabe escuchar, de una amplitud que te da la confianza suficiente para disentir si es necesario, en la búsqueda de la verdad compartida.

Me une a Vicente un enorme afecto, fundado en una empatía que sentimos desde 1971 y que acrecentamos en todos estos años. Nos entendemos con la mirada, con un gesto, viendo una obra de arquitectura o un cuadro en alguna exposición, o deleitándonos con un buen whisky de pura malta, que daba pie a una discusión inevitablemente inagotable. ... por suerte.

Con Vicente se puede hacer de todo y proponer con absoluta libertad, se trate de arquitectura, de su enseñanza o sobre cualquier otro tema. Él tiene sus métodos y técnicas de proyecto, cuyas esencias comparto.

Lo que dice Krause en sus clases a los alumnos, es lo que hace como arquitecto, sus proyectos maduran en un proceso diverso y asistemático según de que tema se trate y/o su lugar de emplazamiento. Siempre se trabaja mucho, no hay resultados automáticos en general. Se abandonan, ex profeso, en un momento del proceso de proyecto, el bagaje cultural, referentes de arquitectura, etcétera, para convocar lo primigenio, lo ontológico, la magia, en busca de las esencias, de lo ancestral, o inmanente. "La arquitectura se hace desde adentro porque tiene que ver con el sentimiento". No hay ideas preconcebidas. Y es lo que hacíamos cuando encarábamos juntos algún proyecto. Conversábamos mucho sobre el programa, el lugar, las actividades, los usuarios. Salíamos al patio o nos íbamos a tomar un café a algún boliche cerca y hablábamos de alguna película, de un color, o sobre el tabaco para pipa. Volvíamos al estudio de su casa en la calle 5, en algún momento nos despedíamos, necesitábamos tiempo para seguir pensando y reunirnos al otro día para fijar algunas ideas sobre el papel.

Por supuesto que en este proceso apelábamos a atmósferas extremas, contrastadas u opuestas - pares polares- o a la memoria de un lugar, a su perfume. Nos divertíamos mucho

en este juego de proyectar/se.

Como alumnos de un maestro excepcional, con Alejandro Argüello hicimos una casa a lo "Krause", de madera. A partir de esta experiencia muy motivadora para nosotros, continuamos con Alejandro haciendo arquitectura y pasándola muy bien.

Una etapa de mi vida, a la que me une un gran afecto a Alejandro y a nuestra tarea, que disfruté mucho.

El proyecto de la casa de la diagonal 73 nos llevó bastante tiempo, estimo que concretamos cuatro o cinco alternativas de proyecto, con unas cuantas variantes. Durante la "cocina" del proyecto, Vicente habitualmente dibuja infinidad de croquis que refieren al espacio o son expresivos de un material, o indagan en la materialidad y la resolución del detalle.

Por el contrario las primeras ideas para el Apart-Hotel de Sierra de los Padres, surgieron de manera natural como respuesta al lugar de emplazamiento. De visita en el terreno, un hemisiciclo de piedra vertical de unos 20 m. de altura, rápidamente y al unísono, pensamos en la idea de macizar el espacio con una contra curva, accediendo desde el nivel superior y reservando el terreno a nivel del suelo para las instalaciones recreativas y de esparcimiento. A los pocos días Krause había trazado la perspectiva y yo esboqué las plantas, y algunos cortes.

El concurso de calle 8 que hicimos con Tito Tomas y Vicente, fue la excusa para expresar algunas ideas tendientes a recuperar parte de la calidad perdida del espacio público de la ciudad de La Plata. Hubo un acuerdo tácito de los tres, en salirse de las bases, a ninguno le importó, creo que ni lo hablamos, teníamos cada uno evidentemente la necesidad de señalar lo que estaba mal del espacio urbano, hoy obviamente, más acentuado y proponer lo que veníamos pensando desde hacía muchos años.

Vicente Krause ha muerto. Si lo mencionamos en presente y al lado nuestro, es porque Vicente está, y porque sus ideas y convicciones sobre la disciplina son también las nuestras y las expresamos en las mesas del taller todos los días, transfiriéndolas a los estudiantes y aportando a su formación.

Jorge Chescotta

"Proyectar a lo Vicente", "Proyectar con Vicente"

Cuando me convocaron para escribir estas líneas sobre Vicente, me pareció interesante relatar alguna de mis experiencias con él y se me ocurrió que hacerlo desde estas dos instancias a través de la *"interfase del proyecto"* podía resultar revelador de ese aspecto único en él, que lo pinta como era en realidad, generosamente abierto, desinhibido y desinteresado, para compartir *"sus conocimientos, sus*

experiencias y sus pasiones" con todos nosotros.

Aquí van...

"Proyectar a lo Vicente"

Mi primer acercamiento a Vicente fue sin duda a través del descubrimiento de sus obras, yo todavía no lo conocía íntimamente y estas ya me habían impactado muchísimo, a punto tal que podría decirse que una época de mi historia como arquitecto la pase intentando "proyectar a lo Vicente". Fue muy a los comienzos de mi carrera y cuando en sociedad con Jorge Chescotta se nos presentó la oportunidad de proyectar y luego de construir una casa de madera, motivo por el cual, al principio las imágenes de las casas de Vicente aparecían recurrentemente como referentes, pero luego se convirtieron prácticamente en el único texto obligado para la consulta, el estudio y la investigación de sus aspectos formales, espaciales y constructivos. La impresión que sus obras nos transmitían eran la de la pasión por el diseño fino de los volúmenes, su moldeado casi escultórico (casa de Epi Rosados), la pasión por lo constructivo, llevando el detalle hasta las últimas consecuencias y convirtiéndolo magníficamente en el *leitmotiv* de alguna de sus trabajos, como en la (casa Tettamanti), la pasión por el tratamiento del espacio, la escala, la luz y la sombra, la situación (casa Paternosto). En fin, todo era para nosotros descubrir alguna pasión por alguna cosa, que tenía que ver con el proyecto que teníamos que hacer y que descubríamos que Vicente ya había interpretado con sensible simpleza y la serenidad de las grandes cosas. Hacer ese proyecto fue para nosotros un camino solo de ida, estimulados por el entusiasmo de sentirnos proyectando como él, interpretándolo todos los días, dibujando planos y planos con cantidad enorme de detalles, hasta en escala 1:1. Planos que en aquella época heroica dibujábamos calco sobre calco y por supuesto a mano y con lápiz ("dibujando a lo Vicente"). Este proceso, está demás decirlo, fue de un enorme, profundo y meditado aprendizaje que abarcó todas las alternativas de la acción proyectual. Finalmente al ver la obra construida nos sentimos conformes y sorprendidamente reconfortados, sobre todo porque a pesar de todos nuestros esfuerzos por parecernos a él, nuestra obra no se parecía en nada a las de él, a pesar de la utilización de materiales y técnicas similares, se parecía si únicamente a sí misma, a "nuestra obra", ésta fue la experiencia más emocionante, porque nos dimos cuenta que habíamos aprendido una cantidad enorme de cosas sin que nadie nos las hubiera dicho, sólo sus obras habían hablado su lenguaje y nosotros lo habíamos comprendido, aprendido e interpretado, o mejor dicho reinterpretado, en un proyecto que sentíamos auténticamente nuestro, en el que lo más valioso fue descubrir que

era posible utilizar el material con un lenguaje moderno y sin concesiones. Aprendimos de ensamblajes, encastrados, ingleses, medias maderas, expansores, expulsos, aliviadores de tensión, entajaduras, acuñados, tarugos, herrajes, tornillos, clavos y todos los etcéteras que se puedan imaginar. Escuadrías, cortes, vetas, olores, colores, brillos, texturas, durezas y las mil y una cualidades y sugerencias del material que estábamos utilizando. Tanto para Jorge como para mí fue valiosísimo lo aprendido y conseguido, y sin dudas nos signó como arquitectos para el futuro, esa "pasión por el material" que descubrimos en sus obras, es una de nuestras pasiones hasta el día de hoy.

"Proyectar con Vicente"

Más adelante siendo ya amigos, colaboradores y socios, tuvimos el enorme privilegio de compartir con él el tablero de proyecto, todavía no manejábamos las computadoras y los proyectos los hacíamos sobre papel, el debate de ideas era lápiz en mano y tirados sobre la mesa de dibujo, en un repiqueteo infinito de propuestas y contrapropuestas en el que siempre Vicente llevaba la delantera. Era impresionante advertir cómo era capaz de imaginar idea tras idea, esquema tras esquema y partido tras partido con una ligereza inusitada, con la particularidad de que todos eran posibles y no sólo eso, sino que además los dibujaba en esquemas pequeñísimos, que si uno los ampliaba, como haciéndoles un zoom, podía comprobar que estaban perfectamente en escala y proporcionados, como para pasarlos en limpio. Esa fina sensibilidad para las medidas, escalas y proporciones precedía a su pensamiento, era para él natural que las cosas le salieran así, sencillamente, "bien, lindas, proporcionadas". No es poco lo que estoy diciendo, estos valores son de los más difíciles de encontrar en la gran mayoría de los arquitectos.

Mi socio de toda la vida, Carlos Boedo y yo, hicimos con Vicente y su hijo Cristian, el edificio para el "Registro de La Propiedad de La Provincia de Buenos Aires", obra que ganamos por Concurso Público y que desarrollamos en profundidad desde el anteproyecto hasta los planos de Arquitectura, Ingeniería y Detalle. Nuevamente ésta fue una experiencia que dejó una marca indeleble en nuestra formación como proyectistas. Ya éramos arquitectos hechos y derechos, pero nunca habíamos proyectado, para construir un edificio de la envergadura del que teníamos entre manos. El tránsito desde el garabato, al plano de detalle más fino, en un edificio de estas características, fue un proceso arduo e inquietante, lleno de idas y vueltas. Proyectar y diseñar en este nivel, significó en primer lugar comprender la escala y la trascendencia del acontecimiento. Un edificio público lleva implícito en sí mismo el enorme plus de su carácter y significado.

Debe expresar, previamente a todo, su condición, como expresión del poder institucional a través de un mensaje de "representatividad, estabilidad y permanencia"; conceptos que escuchamos por primera vez en palabras de Vicente y por supuesto se tradujeron inmediatamente en innumerables pautas de diseño. La calidad de los materiales, su expresión, su durabilidad, su facilidad de mantenimiento, la tecnología y la forma de utilizarlos económicamente, su capacidad para transmitir significados, trayendo de la memoria colectiva los elementos expresivos que fortalecieran el mensaje. Piedra, acero, hormigón, cristal, madera y nuevamente todos los etcéteras posibles. El recorrido de este camino con Vicente fue duro y a la vez revelador desde el principio al fin.

Duro porque llegar a confirmar una decisión y plasmar un detalle, sobre cualquier decisión de proyecto, era un proceso interminable de ida y vuelta, entre un sinnúmero de soluciones distintas para un mismo problema, que por supuesto él proponía, a un ritmo enloquecedor y que eran no sólo todas posibles sino además tentadoras. Habitualmente teníamos que darles un corte, después de varios borrones a Gillette y sus correspondientes redibujos, sin que él se diera cuenta, mandábamos a dibujar los planos de detalle definitivos y a su regreso, al día siguiente, se encontraba con el hecho consumado y sin vuelta atrás. De no haberlo hecho así, probablemente nunca hubiéramos entregado el legajo de obra terminado.

Y revelador porque nos enseñó a pensar y reflexionar en profundidad y hasta el cansancio sobre todas las decisiones de proyecto que íbamos a adoptar, aportándonos la nota de seriedad y el profesionalismo que a esa edad inevitablemente nos faltaba. Sentimos que "proyectar con Vicente" nos hizo madurar rápidamente. Recorrimos un sinuoso y extenso camino, que de otra manera nos hubiera llevado mucho tiempo culminar y que de haberlo hecho sin él, quizás no nos hubiera dejado el enorme aprendizaje del oficio, "la pasión por el diseño y el detalle" y un sentido único de la ética y de la estética de nuestra disciplina. Ah!!! Y como si todo esto fuera poco, también, "con pasión" aprendimos de Whisky un montón...

Aljandro Argüello

Gracias Vicente

La primera vez que escuchamos el nombre de Vicente Krause fue promediando la década del '80 en el patio de la facultad, un compañero comentó que su taller era un ámbito creativo, de libertad propositiva, donde potenciaban tus inquietudes y tus propias capacidades, y donde se entendía el espacio por medio de modelos en maqueta. Esas afirmaciones fueron





reveladoras, despertaron nuestra curiosidad y las ganas de conocerlo, de participar de ese "ambiente de taller" donde además se hablaba de cine, filosofía, pintura y escultura.

En sus clases, por cierto de gran intensidad, creaba arquitectura con sus gestos, con sus palabras y con su fina sensibilidad plasmada en furiosos trazos de tizas de colores sobre papel velado en el pizarrón. En ellas nos hablaba de la vida, de la cultura, de los sentimientos, de la percepción, de la técnica y pocas veces de arquitectura, transmitiéndonos un profundo sentido de la ética y de los valores.

En ese ambiente de taller, que según Vicente tenía que ser como un gran estudio de arquitectura en donde cada uno de nosotros debía experimentar y explotar sus propias capacidades, nació una cálida amistad y una profunda admiración, por su generosidad, por su calidad de persona y de profesor.

Estudiando su obra siendo alumnos entendimos que más que proyectadas por un arquitecto, eran obras de un inventor, su búsqueda era atemporal, nunca se encuadró dentro de las formas de los estereotipos aceptados. Es difícil analizarlo dentro de la práctica profesional porque su obra fue hecha casi de forma artesanal. Su asombrosa capacidad para transformar la materia en forma y espacios a través de la técnica nos hizo conocer muros de hormigón inyectado con piedras enormes, escaleras que no parecían escaleras y que el techo de una casa podía tener forma de paraboloide o de un entramado de maderas encastradas con ataduras. Su libertad de pensamiento y creatividad las reflejaba en sus charlas donde casi de forma permanente hablaba de la materia, el espacio, la luz, las texturas, la escala y los límites. En sus clases nos hablaba de forma individual, a uno mismo, su oratoria te movilizaba, te convencía de que eras capaz de todo, apelando a tus sentimientos más íntimos, haciéndote percibir las cualidades de un espacio mediante los sentidos, advirtiéndote y acariciando sus superficies con la mirada.

Cuando corregía un proyecto era inevitable que todos nos acercáramos a escuchar, sus apreciaciones generosas, certeras y precisas que nos hacían reflexionar con su particular mirada, comentando en alguna ocasión: "... La serenidad de este proyecto, me tranquiliza". Encontraba las virtudes de los proyectos y luego todo se transformaba en una cálida y profunda conversación, podíamos estar delante de un proyecto urbano y hablábamos de detalles técnicos o de si convenía forestar con tal o cual especie vegetal, o que debíamos descubrir el vacío que tenía un lugar para completarlo, a veces con una obra, otras con la mínima alteración del ambiente, como también a veces no construyendo porque el lugar así lo exigía.

De forma natural nos fuimos acercando a él y

su grupo de docentes, o mejor dicho "grupo de amigos" porque el taller se hizo desde allí, desde un grupo de amigos que comparten ideas y pensamientos comunes sobre la arquitectura y su enseñanza. Como alumnos de los años superiores comenzamos nuestras primeras experiencias docentes, dividiendo el tiempo entre nuestros proyectos y los pequeños aportes que hacíamos a nuestros compañeros de taller de los años inferiores.

Entendimos que enseñar arquitectura es estimular la imaginación y alentar las fantasías a través de la experimentación en busca de nuevos caminos, enseñando a ponderar el sentido común descartando lo superfluo, junto a la necesidad de observar la realidad sin olvidarse de la poesía y la belleza.

Entendimos que es fundamental adquirir un cabal conocimiento de los materiales, que la materia es material con idea arquitectónica y despierta en nosotros un tipo de sentimiento vinculado a nuestra existencia. Que el espacio se sustantiva mediante el uso ético y sensible de la materia, y que el sitio es el primer material de proyecto.

Entendimos que proyectar es un desafío, un juego creativo, una lucha con nosotros mismos, que en parte es racional y en parte intuitivo, que convoca elementos tanto reales como virtuales para poder satisfacer un deseo.

Hoy, a más de treinta años de haber escuchado a Vicente en el Taller de Arquitectura por primera vez y por las distintas circunstancias y oportunidades que la vida nos ofrece, tenemos el privilegio de continuarlo conjuntamente con Alejandro Argüello en el Taller de Arquitectura de la FAU UNLP., junto a un sólido y numeroso equipo docente.

Recordar a Vicente es pensar en los valores, en la humildad, en el talento, en la sabiduría, en el poder de seducción y sobre todo en la fragilidad de nuestra propia existencia. En él es difícil saber dónde termina el hombre y donde empieza su obra.

Gracias Vicente.

Pablo Lilli, Jorge Sánchez